

Proceso en Can Serrat

Durante mi paso por Can Serrat tuve la oportunidad de ejecutar una idea de cuento que aborda varios temas fundamentales en mi literatura, la familia, el cuidado, la niñez. La experiencia de desconexión con mi realidad me permitió encontrar una ruta para escribir y reescribir la historia que había postergado. Estar en la Masia y compartir con la experiencia de otros artistas y las montañas de Monserrat, así como el silencio de El Bruc me permitió tomar distancia para llevar a cabo la empresa de escribir un cuento honesto sin más pretensión que la de escribirse. Agradezco mucho la invitación de Can Serrat a la Masia.

Título del proyecto

(Cuento) Mujeres que caminan junto a una cuerda

Texto:

Todos en el barrio éramos pobres. Mi madre y yo vivíamos en un apartamento del segundo piso de la Casa Azul, una construcción esquinera de seis apartamentos, unas veintidós cabezas en toda la casa. Teníamos nuestra propia llave y una vista privilegiada al barrio, pero después de dos meses sin pagar el alquiler, la casera le había dicho a mi madre, una mañana en el lavadero comunal y delante de las vecinas, que si a fin de mes no le pagaba los meses pendientes debíamos irnos, que ella no tenía la obligación de mantenernos: “Yo no soy la caridad”, dijo, y todas, ese día, menos mi madre, bajamos la cabeza.

Al otro día buscamos un apartamento lejos de aquel barrio, algo cerca de la avenida. No pidieron ni un papel para alquilarnos el lugar que tenía una sola habitación y no habían pasado ni dos días, luego de la mudanza, cuando mi madre consiguió un empleo en una fábrica de papas fritas de la zona industrial. Cuando la casera se enteró, porque las caseras se enteran de todo, incluso si ya no vives en su casa, le mandó razón a mi madre para que fuera a pagarle lo que le debía.

Diez días después del mensaje, con el dinero de su primer pago, mi madre y yo regresamos al barrio y fuimos a saldar nuestra deuda. Ya en la puerta de la Casa Azul mi madre tocó el timbre del último piso, donde vivía la casera. Desde la ventana nos gritó: “Dichosos los ojos”, botó unas llaves y por primera vez en los cinco años que habíamos vivido ahí, nos hizo seguir a su apartamento. Ya en el sexto piso, la casera abrió la puerta diciendo: “¿Dónde hago la raya?”. Mi madre le entregó las llaves: “Sí, vengo a pagarle una parte” y le dio un rollito de dinero. Nosotras de pie esperamos a que la mujer anotara algo en su cuaderno, se guardó el delgado fajo de billetes en su pantorrilla y nos señaló las sillas. Nos sentamos mientras la casera fue hasta la cocina y trajo tinto con galletitas de navidad. Sentadas las tres, la casera le preguntó a mi madre sobre su trabajo y nuestra nueva casa, pero mi madre no le dio muchos detalles. Ella nos contó que nuestro antiguo apartamento ya tenía inquilinos: un joven empleado de la fábrica de pisos y su madre, una anciana ciega, sorda y senil.

Nos contó que Josué, el nuevo inquilino, estaba buscando a alguien que tuviera una hora libre al mediodía para cuidar a su madre y darle de comer, pero que ella no podía estar pendiente de la pobre vieja, porque ya era suficiente con cuidar de su suegro, que se estaba muriendo de cáncer en la habitación de al lado.

Mi madre le recordó que ella ya tenía empleo, pero que si sabía de alguien le avisaría y ahí fue cuando la casera nos contó su brillante idea: “A mí se me ocurrió, juntando una necesidad con otra, que tal vez su niña podría hacer el trabajo después de la escuela”.